

Por FAIRFAX DOWNEY

(Versión española especial para INFORMACIÓN)

NUEVA YORK. — Cuando el Diablo se apareció en busca de mortales como presa, tomó la figura de un perro negro, un sapo, o una serpiente, según confesaba la gente. Pero su forma favorita cuando quería servir de compañía a las brujas, era la de un gato. Y nunca el demonio, alegaba la supersticiosa Inglaterra del Siglo XVI, labró más desventuras que durante esos años que rondó en forma de felino y que llevaba su propio nombre: Satán.

Satán era un gato de manchas blancas cuya maligna mirada aterrorizaba a los buenos habitantes de la campiña de Chelmsford. Muchos de ellos temblaban con ese temor extraño y verdadero hacia los gatos, reconocido desde los tiempos de Grecia, que en su idioma tenía una palabra para describirlo: ailurofobia: personas que odian a la criatura que menea su cola.

Una vez que se demostró la labor malvada de Satán, nadie dudó que era un gato brujo. Se surraba que había venido del extranjero y cruzado a nado el Canal para llegar a Inglaterra. Otros insistían en que había utilizado ladinamente de pasaporte a un obispo que iba a embarcar en Francia y que había arribado sobre el hombro del prelado. De hecho, el gato le había sido regalado a Elizabeth Francis por su abuela, que al mismo tiempo se decía haberle enseñado a su nieta a renegar de Dios y a practicar la brujería.

Satán, enroscado en una cesta, le hablaba a su ama en una voz honda y misteriosa. Aunque participaba en la ración de leche y pan, sólo cuando Elizabeth le dejaba lamer una gota de su sangre es que realizaba algún servicio diabólico. Primero ella lo empleó en hechizar al cerdo de un vecino que enfermó y murió. Luego le exigió riquezas y he aquí que se encontró pastando en su prado un rebaño de dieciocho ovejas negras y blancas, aunque más tarde todas se desvanecieron misteriosamente. Algo de más durabilidad, un marido rico fué lo que luego le exigió al gato. Aquí fallaron los hechizos de Satán. No pudo obligar a Andrew Byles a casarse con su ama, pero el hombre, por su testarudez, perdió al poco tiempo todos sus bienes y murió.

Le suministró otro marido, aunque menos acaudalado. La pareja riñó y una hija que les nació no hacía más que llorar. La bruja hizo que Satán matara al bebé y que transformándose en sapo se escondiera en el zapato de su marido y lo dejara cojo. Los hechos siniestros se multiplicaron: un ganado valioso pereció y al fin las artes de la magia negra provocaron la muerte del esposo de Elizabeth, luego la de un vecino y su esposa.

Los cazadores de brujas comenzaban a la sazón la persecución sin piedad que en Inglaterra, y más tarde en América, enviaría a centenares de infelices mujeres a la horca o a la estaca, víctimas de coincidencias y de sus propios rencores y los de sus vecinos, azotados por una cruel e insensible superstición. Elizabeth fué juzgada en Chelmsford en 1556, confesó y fué ahorcada.

Pero Satán que había servido a su ama con maligna fidelidad por más de quince años, se escapó. Poco antes de su arresto, ella lo había negociado por un cake, junto con sus conocimientos en la hechicería, a la tía Agnes Waterhouse. De nuevo el vecindario se vió afligido por desventura tras desventura, pues Satán, a cambio de la recompensa de una gota de sangre de la nueva bruja, obedecía sus órdenes. Un cervecero que había rehusado tomar a la Tía Waterhouse por esposa, se encontró con toda su cerveza arruinada. La mantequilla se agriaba en las batidoras, un cerdo, tres gansos y la vaca de una viuda murieron después que sus amos riñeron con la vieja, cuyo íntimo amigo era un gato manchado. Nadie se atrevía a capturar a Satán, aunque por doquier los hombres la emprendían con los gatos que encontraban agazapados en la escena de un desastre, y al día siguiente las mujeres dueñas de esos gatos apare-

cían con magulladuras y arañazos.

Un pánico histórico se extendió por toda la Inglaterra rural. Se decía que Satán le avisó a la Tía Waterhouse que se quedara en la casa, o sería ahorcada o quemada, pero ella desoyó al gato y fué arrastrada ante un tribunal de hechicería. En el juicio oral el Procurador de la Reina Isabel le preguntó:

—¿Cuándo ese gato te chupó la sangre?



"Nunca", negó ella. Pero en su nariz y cara se veían claramente marcas, por las cuales se le acusó de pincharse para alimentar al demonio. En 1556 los verdugos dejaron caer un nudo alrededor de su cuello y la colgaron.

Satán desapareció. No hay constancia de que compartiera la suerte fatal de otros innumerables gatos que a lo largo de la Edad Media, y más tarde en tiempos supuestamente más civilizados, fueron sumergidos en petróleo y prendiéndoles fuego, lanzados desde torres, vapuleados hasta morir con látigos y cuerdas de nudos, escaldados y desollados vivos porque las infelices criaturas eran sospechosas de ser instrumentos del Diablo. En época tan avanzada como el 1911 provocó una gran conmoción en Pennsylvania, a causa de un gato acusado de brujería.

En la víspera de Todos los Santos se dice que aparece un gato negro que cabalga sobre una escoba detrás de una vieja de nariz picuda, y sombrero de cono. Pero pudiera ser más bien uno de manchas blancas, a la imagen de Satán, el gato hechicero más famoso de todos.

SIMÓN, EL HEROE NAVAL BRITANICO

Simón, un miembro de la tripulación del H. M. S. 'Amethyst', era un gato sobrio y atento al cumplimiento de su deber. Navegaba no sólo las azules aguas de los océanos, sino también las amarillas del río Yangtze. Cuando las enormes ratas chinas abordaban el buque en los puertos, Simón las repelia o libraba sangrientas batallas con ellas sobre la cubierta, a la manera de la gallarda tradición de los marineros británicos, desde los días de Drake hasta la fecha.

Un día el gato montaba su vigilancia en la bodega del buque cuando el Amethyst recibió órdenes de zarpar. Los ejércitos victoriosos de la China comunista, barriendo con los Nacionalistas ante su vista, se acercaban a la Capital, Nanking. El Almirante que a todo vapor el pequeño y bien cuidado cañonero remontaba el Yangtze, relevaba a otro cañonero británico y llevara provisiones a la Embajada Británica. Simón saltó de su litera, la gorra de un oficial subalterno, y se juntó para la revista como debe hacerlo todo Auxiliar Animal de la Real Marina de Guerra. Su hocico, pecho y patas delanteras brillaban en su blancura contra su



Satán...

piel negra. Del collar colgaba su disco de identificación.

Antes de que el "Amethyst" pudiera completar su crucero veloz, río arriba, las tropas de los chinos comunistas habían avanzado hasta la margen norte. Su artillería cogió al Amethyst en el recodo más abajo de Nanking y abrió sobre él y otros buques británicos, un bombardeo nutrido, violando los derechos de una potencia neutral y obligando a toda la flotilla a retirarse por el tortuoso río hacia abajo, lleno de bajíos peligrosos. Todos los barcos pudieron escapar pero el Amethyst, batido por el fuego de granadas que cayó sobre él, sus cañones fuera de acción y su timón destrozado, fué a encallar sobre Rose Island.

Simón se puso a cubierto de las silbantes granadas que acribillaban el delgado blindaje del buque. A través de los nervios bien templados que posee un gato, podía percibir la creciente tensión a medida que la suerte del Amethyst se hacía más desesperada. Su capitán cayó herido mortalmente: otros 16 amigos de Simón fueron muertos y sus cuerpos tuvieron que ser lanzados sobre la borda para que las aguas amarillas del río les sirvieran de mortaja. El teniente comandante Ke-



rans, asumió el puente, puso 60 hombres de la tripulación sobre la margen sur para que llevaran un mensaje en busca de auxilio a Shanghai y ordenó que se repartieran rifles para repeler a los rojos si trataban de abordar la nave.

Pero el abordaje lo realizaron criaturas de cuatro patas —grandes y voraces, que se las arreglaron para subir a la cubierta del cañonero, desde la isla donde había encallado. Simón corrió a las armas. Con dientes y garras saltó sobre ellas y las batió. El relampagueo de las granadas en explosión quemaba su piel y las esquirras de acero cortábanle la cara y patas. Pero Simón, sin dejar un momento el ataque, libró combate tras combate con las fieras ratas.

Los cruceros y aviones despachados al rescate del cañonero varado, fueron alejados por el fuego de las baterías rojas. Gran Bretaña, agotada por los esfuerzos poderosos realizados en la Segunda Guerra Mundial y sin preparación para entrar en otro conflicto que podría provocar la ayuda de la Rusia Soviética a la China comunista, se vió forzada a abandonar a esos héroes a un destino incierto.

Por espacio de tres meses terribles continuó la ordalia. Si, los exhaustos supervivientes del Amethyst todavía podían sonreír cuando anotaban el score de Simón de una rata diaria, por lo menos. Su labor fué real y valiosa, pues de no ser por la acción combativa de Simón, la voracidad de las ratas hubieran reducido más aún las provisiones del buque, a la sazón ya peligrosamente bajas.

Al fin el Amethyst pudo hacer reparaciones. Una noche deslizó sus cables y salió al claro, peleando su paso a través del cerco comunista y rompiendo las cadenas que bloqueaban su fuga. Seguros al fin en la boca del río, la tripulación, por una orden especial enviada por el hilo inalámbrico del Rey Jorge VI, cubrió la braza principal con grog, y Simón bebió en un plato de leche a la salud del Rey. El teniente comandante Kerrans fué condecorado por valor y para Inglaterra salieron despachos oficiales ensalzando a Simón por "su resuelta actitud que tanto hizo en el mejoramiento de la moral de la tripulación".

Después del viaje de regreso a Inglaterra, la esforzada compañía del Amethyst desfiló a través de muchedumbres vitoreantes. Simón no pudo estar con ellos, dado que estaba sufriendo la cuarentena requerida para todos los

animales que entran en el país. Sin embargo, el día de Simón había de llegar. Los recortes y fotografías afluyeron a visitar al héroe, pues de manos de un Almirante o del Lord Mayor de Londres iba a recibir la Medalla Dickin, llamada la Cruz Victoria de los Animales. Esa condecoración, fundada por María Elizabeth Dickin para recompensar las hazañas heroicas de animales por su Rey y por su Patria, ha sido concedida a 53 perros y caballos y a una paloma norteamericana. Simón iba a ser el primer gato en ganarla.

Pero, ¡ay! la víspera de recibir su recompensa, Simón, consumido por la dura labor en servicio realizado, cogió catarro y un día más tarde murió. Su medalla la recibiría post-mortem. Lo colocaron en un diminuto ataúd, cubierto con la bandera de la Unión Jack y lo enterraron en un cementerio de animales con una lápida sobre su tumba que tiene la siguiente inscripción: "A la honrada memoria de Simón, M. D. (Mérito Distinguido)".

Nadie puede negar que Simón, M. D. fué un pariente valeroso y digno del León que con el Unicornio sostienen los blasones de la Gran Bretaña.

RUFO, EL GATO DE LA TESORERIA

"Un gato puede mirar a un rey", expresa el dicho, de modo que Rufo también. Pero él lo hacía mejor y miraba calculadoramente a muchos soberanos de oro.

Rufo, un gatazo de color arenoso era un servidor del Imperio Británico, instalado con regularidad en la nómina. Nobles tradiciones lo respaldaban; él era el sexagésimo al servicio de la Tesorería con ese nombre. Con sus compañeros felinos patrullaba los salones y corredores del edificio

que ocupaba el Tesoro en la calle Whitehall, de Londres. Era con gran peligro de sus vidas que los ratones se aventuraban a salir de sus cuevas para roer paquetes de billetes, pues Rufo, un cazador competente y experto, acechaba, daba un salto y otro frustrado despojador de la moneda de Su Majestad mordía el polvo.

Ahora bien, en 1930 el costo de la vida había subido. Como debió haberse percatado Rufo, cuatro centavos diarios ya no servían para comprar alimento suficiente a un gatico, mucho menos para un gato adulto que desempeñaba una ardua labor. Fué tal vez con esta discrepancia en mente que una noche hizo una visita. Por lo común él no era in-



clinado a la sociabilidad, y se concretaba a saludar a los funcionarios del Tesoro que pasaban por su lado, enfrascado como estaba en sus deberes; pero había llegado el momento de la acción. Rufo se encaminó directamente a la Oficina del Jefe.

En los tiempos de Rufo ya no era posible encontrar al Rey en la Casa del Tesoro contando su dinero. Esa labor correspondía al Canciller de la Real Hacienda, y ese caballero Phillip Snowden, se hallaba sentado ante su escritorio, confeccionando un presupuesto de \$2.500.000.000, ni más ni menos. El jefe le echó una ojeada al gato enorme que se frotaba contra su pierna para conquistarse primero su favor. Después de esta cortesía, Rufo se dirigió lentamente hacia la estufa para contemplar los carbones que flameaban en la parrilla. Arqueó el lomo perezosamente, se tendió, se viró y presentó el estómago al calor de la hoguera. Cualquiera se hubiera dado cuenta que también un poco más de leche y carne mantendría caliente ese estómago en su interior.

Mr. Snowden reconoció a Rufo. Había oído hablar de este gato que diariamente dejaba testimonios junto a la basura del cumplimiento de su deber como leal servidor del Rey. En consecuencia, repasó las hojas de papel que tenía delante, hasta que encontró una partida bajo el acápite "Administración del Estado". Debajo escribió: "Aprobado el aumento en la paga de los gatos".

Todo el mundo dijo que se debió a Rufo el que ese presupuesto proveyera con dos centavos más diarios por gato, es decir, un sustancioso aumento del 50 por ciento.

El proyecto presupuestal fué sometido al Parlamento, que lo debatió y aprobó. En honor a su hazaña, en lo sucesivo se le llamó a Rufo "Presupuesto".

CAMPANA BULGARA, LA MASCOTA DE LA GUARDIA NEGRA

Es frecuente que los regimientos en campaña recojan perros vagabundos, pues los soldados solitarios y los perros sin amo buscan la compañía mutua. Un co-



Fe...

leo, una palmadita, un mendrugó y una nueva mascota trota alegremente tras la columna en marcha. Sin embargo, los gatos evitan generalmente a los forasteros uniformados, que irrumpen en una ciudad o una villa, y se esconden hasta que hayan pasado.

De modo que fué un acontecimiento extraordinario, ocurrido un día del año 1854 cuando el 42do. Regimiento de los Reales Montañeses de Escocia acampó cerca del pueblo búlgaro de Varna. Un alto escocés, sentado ante una hoguera, sintió un cuerpo feludo frotarse contra las piernas descubiertas por la sayuela de tartán verde-azul, tan oscuro que le había dado al regimiento su nombre de Guardia Negra. El soldado contempló una gata flaca que le devolvió tranquilamente su mirada y maulló en señal de sociabilidad. Ronroneando, arqueó el lomo bajo las palmadas bruscas pero amables del montañés y sus camaradas de la primera compañía. Después de haberse alimentado no quiso irse sino que se adhirió sin contemplaciones a las raciones regulares.



La apodaron Campana Búlgara y la gata se convirtió en un miembro más del regimiento, como si hubiera percibido el chelín de la Reina. Una gata podría considerarse una mascota rara, pero no por la Guardia Negra. El antecesor de Campana Búlgara había sido un venado nombrado Donald.

En Varna los montañeses embarcaron hacia Crimea donde las fuerzas aliadas de Gran Bretaña y Francia trabarían combates sangrientos con las tropas del Zar. Con el regimiento partió Campana Búlgara. Cuando la Guardia desembarcó y emprendió la marcha, se le asignó a la gata como medio de transporte la mochila de un soldado. Aunque resultaba una carga extra, fué un detalle muy popular entre los soldados. El hombre en turno para cargarla, estaba exento de las demás tareas fatigosas por todo el día.

Junto al lago Touzla, las lomas dominaban los campamentos de la Guardia Negra y en ellas se atrincheraban los batallones que eran la crema del Ejército ruso. Las nubes de humo envolvían sus contornos, mientras el cañón vomitaba los preludios del combate de Alma. Cuando la Guardia Negra se alineaba en formación para emprender el ataque desde la llanura, un oficial se puso frente a la primera compañía, inquiriendo el paradero de la gata mascota.

"Aquí está, señor", contestó un soldado y levantó la cubierta de su mochila.

Escondida en su mochila, la gata no podía ver los colores tremolando orgullosamente sobre las filas de sayuelas, ni ver tampoco los rojos tejidos, las plumas colorinescas colgando de adorno de los morriones de piel de los granaderos como penachos de combate que eran. Pero sí podía oír la orden: "¡A la carga!" que hizo bajar las bayonetas y se sintió zarandeada en su carrera mientras los montañeses ascendían veloces las laderas. El estruendo de las descargas llegaban clamoroso a sus oídos y en lo alto, el chillido de las gaitas reales.

Pasado un tiempo reinó de nuevo el silencio y terminó el movimiento. Se le permitió salir a Campana Búlgara para que examinara el campo victorioso del que se retiraban los rusos precipitadamente.

La gata marchó con su regimiento a Balaclava. No fué testigo de la valerosa pero infortunada carga de los Seiscientos ni de los combates subsiguientes en que la

infantería escocesa tomó parte. Se decidió que no debía volver a ponerse en peligro su vida en otra acción y fué enviada a lugar seguro en el hospital del regimiento.

Campana Búlgara echó mucho de menos el servicio activo; las marchas y viajes, las noches junto a las hogueras con sus compañeros de falda corta. Penaba por ellos, se enfermó y murió. Su carrera había sido breve, pero había vivido para convertirse en una orgullosa tradición de uno de los regimientos más valientes que haya tenido un ejército: La Guardia Negra.

MUEZZA, LA GATA FAVORITA DEL PROFETA

La gata blanca dormía profundamente sobre la amplia y extendida manga de la túnica de su amo, que estaba sentado en la azotea de una morada en la ciudad de Damasco. Porque ella pertenecía a aquel hombre de tez trigueña y ojos encendidos score cuya vestimenta reposaba, Muezza disfrutaba de gran prestigio. Era la favorita mimada del Profeta Mahoma, fundador de una religión vehemente y ardorosa que se había extendido allende las fronteras de Arabia y penetrado profundamente en el Asia, una fe destinada a irrumpir a través del Africa hasta el territorio cristiano.

Los prosélitos de Mahoma lo contemplaban alzar con gentileza a Muezza para que ella pudiera acabar su pote de leche, y sostenerla en sus brazos mientras él predicaba a sus discípulos. No era extraño que Muezza, compartiendo la veneración que recibía su amo, fuera apodada **Abuhareira**, es decir, antepasada de gatos, y que ella había conseguido para su raza bondades y misericordia. Aquí en Damasco había un hospital subvencionado para gatos.

Mientras Mahoma meditaba y Muezza dormía a su lado, el sol se ponía lentamente. Era la hora de la oración de la tarde. Los almuédanos aparecieron en los balcones de los altos minaretes y llamaron a los fieles a la oración. "No hay más Dios que Alá", cantaban sus voces. "Grande es Alá y Mahoma su profeta".

Mahoma hizo un movimiento y medio se levantó para obedecer la llamada de los sacerdotes. Por nada podía él desoirlos; debía extender su alfombra destinada a rezar y postrarse hacia la Meca, declarada Capilla Santa por ser el lugar de su nacimiento. Sin embargo, mirando a la gata blanca en un beatífico reposo sobre su túnica, no se sentía capaz de perturbarla.



Con cuidado sacó su cuchillo. Una rajadura de su afilada hoja y la porción donde ella dormía quedó separada. Sólo entonces fué que el profeta respondió al llamado de la oración, dejando a Muezza dormida aún sobre la tela.

La historia de la dulce consideración de Mahoma hacia su gata fué contada en más de un mercado y caravanas. Los narradores, floreandola, relataban que cuando Muezza despertó de su sueño, sobre l atúnica, se dirigió hacia su amo, se frotó contra sus piernas y le ronroneó agradecido por su delicadeza. De donde el Profeta, comprendiendo que ella le estaba demostrando su apreciación del gesto, pasó tres veces la mano por su arqueado lomo, dándole así para siempre inmunidad a su raza contra cualquier daño en esa parte del cuerpo. Ese es el motivo del porqué los gatos cuando caen desde una altura, se dice que aterrizan sobre sus patas.

El prestigio de Muezza como favorita del Profeta le sobrevivió y en su memoria todos los mahometanos son amantes de los gatos. El Gran Mameluco, Sultán de Egipto, El Daher Beybars, fundó un asilo para gatos sin hogar en el Cairo. En Constantinopla se trataba a los gatos tan cariñosamente como a los niños. Un cronista árabe copió la historia del Arca de Noé de la Biblia y le añadió una narración de la creación del gato, relatando que cuando los ratones inundaron el Arca, Alá hizo que el león estornudara y el gato salió por las ventanas de la nariz. "Desde esa época", proclamó el escriba, "el ratón es tímido y se esconde en agujeros".

Aunque la tradición que fundó Muezza inspiró a los artistas cristianos, no pudo ganarle la bondad hacia los gatos de los países cristianos. Durante crueles centurias, miles de infelices animales fueron marcados con el estigma de ser familiares de demonios y brujas, y torturados y muertos. Pero en las tierras musulmanas, la memoria de la gata blanca de Mahoma fué una bendición para la raza felina. Y hasta la fecha, las nodrizas en el Cairo cuentan a los niños la narración de aquel reposo imperturbado sobre la manga cortada de la túnica del Profeta.

FE, UNA GATA EN LA BLITZ

Fué un misterio la razón de que aquella gata gris y flacucha con pecho y patas blancas escogiera la Iglesia de San Agustín con Santa Fe, de Londres, para refugio. Las perspectivas de

ratones debían haber sido escasas, pues los ratones de iglesias, proverbialmente, son pobres. Tal vez fuera la paz y tranquilidad, tan amadas por los gatos, y los suaves cojines para descansar, o tal vez que la gata confiara en que aquí el Señor le daría, como a menudo El lo dispone, un hogar para un gato descarriado.

El sacristán la echó de la iglesia, pero la gata ya había decidido quedarse y regresó, apelando a una autoridad más elevada: el Párroco. Deje que se quede, ordenó el Rev. H. Ross; ella podía vivir en sus habitaciones en el último piso de la iglesia. Le pusieron Fe por la segunda Santa Patrona de la iglesia y cumplía con sus deberes religiosos, asistiendo con regularidad a las misas, donde se sentaba tranquilamente, en un banco o en un escabel del coro. La congregación estaba orgullosa de la gata y comenzó a rivalizar en reputación que otra tenía la mascota de otra iglesia londinense, San Clemente Danes, una gata aficionada a los re-





Mueza...

citales de órganos, bautizos y bodas y se la consideró de buen agüero, aunque era negra, si marchaba por el pasillo frente a la pareja nupcial.

Fe dió a luz una gatita blanquinegra, de manchas parecidas a las de un panda por lo que se le bautizó con ese nombre. Era el año 1940 y la guerra andando, con las bombas de la blitzkrieg alemana lloviendo sobre la ciudad, pero la pareja felina, madre e hija, resistieron bravamente la fuerza nazi junto a los demás londinenses hasta que un día el Párroco notó una súbita desazón en Fe. Cuatro veces bajó las tres escaleras que había desde las habitaciones del Párroco para instalar a Panda en el resquicio de una pared en el primer piso, y otras tantas el Padre Ross los volvía a subir, hasta que a la quinta vez los dejó que se quedaran abajo.

¿Algún extraño instinto había advertido a la madre? Tres noches más tarde los aviones alemanes realizaron un fuerte raid contra Londres, y una bomba, anotando un blanco directo sobre la rectoría, penetró por el sitio donde estaba la cesta de los gatos y reventó el edificio, incendiándolo. El párroco, afortunadamente ausente, regresó presuroso

y desoyendo los consejos de los bomberos, se abrió paso hasta un sitio ventajoso donde podía ver las ruinas en llamas. Llamó a Fe y por último escuchó un débil maullido de respuesta.

Allí, en el resquicio, intacto todavía milagrosamente, se acurrucaba la gata, escudando al gatito entre sus patas. "Su actitud y mirada", declaró el sacerdote, "parecían decir inequívocamente: '¿Por qué no vino a buscarlos más pronto?' No había pánico en Fe. Aunque parecía que no había escape a través del anillo en llamas que la circundaba, siguió protegiendo a su gatito hasta el final.

Al acercarse más y más las llamas a los gatos atrapados, el Padre Ross no pudo aguantar más. Agarró un hacha, se abrió paso entre las vigas y ayudados por los bomberos reptó a través de la brecha para sacar a Fe y a Panda chamuscados, pero ilesos. Tan pronto salieron al claro cuando el piso se derrumbó estrepitosamente hacia el sótano. A salvo en la sacristía, Fe lamió amorosamente a su gatica y su ronroneo pareciale a su salvador como "una canción de alabanzas y agradecimiento como jamás había oído".

Aunque los bravos que salvaron centenares de animales durante la blitz no reclamaron crédito por ello, sí se apresuraron a insistir que se les reconociera el valor a esas mudas criaturas que se comportaron valientemente bajo el terror que llovía del espacio y que no podían comprender. De modo que se confeccionó una medalla por el Dispensario Popular para Animales Enfermos, una organización con una ho'a excelente de servicios en la guerra y en paz, y se le otorgó la condecoración a Fe con una ceremonia. La medalla y su certificado, que cuelga en la Capilla de la torre junto a un retrato de la gata, llevan la siguiente inscripción:

"Del D. P. A. E. a Fe, de San Agustín, atling Street, E. C. Por valor inmutable en la Batalla de Londres. Septiembre 9, 1940".

Inf, Nov 5/50

IPD

PATRIMONIO
DOCUMENTAL

OFICINA DEL HISTORIADOR
DE LA HABANA